

EL BARCO



DE VAPOR

Irina Korschunow

El dragón de Jano

Ilustraciones de Jesús Gabán



37ª EDICIÓN

sm



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
No Sponsor

EL BARCO



DE VAPOR

El dragón de Jano

Irina Korschunow

www.literaturasm.com

Primera edición: mayo 1987

Trigésima séptima edición: julio 2012

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Título original: *Hanno malt sich einen Drachen*

© Deutscher Taschenbuch Verlag GmbH & Co. KG, Múnich 1978

© Ediciones SM, 1987

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-348-2205-4

Depósito legal: M-43668-2010

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1 Jano está solo

—¡ARRIBA, Jano! —le dice su madre.

Despacio, muy despacio, Jano se levanta. Despacio, muy despacio, va al cuarto de baño. Se lava los dientes y la cara. Luego, juega con la jabonera como si fuera un barco.

—¡Date prisa, Jano! —dice la madre—. Debes llegar a tiempo al colegio.

¿A tiempo? No. Al contrario. En realidad, a Jano le gustaría no ir nunca más. Porque está muy gordo y los demás niños se ríen de él.

¡Se había sentido tan feliz cuando, en otoño, fue por primera vez al colegio con su cartera nueva! Pero Ludwig, que se sienta justo detrás de él, empezó ya el primer día a llamarle «comesalchichas». Y «tripagorda». Desde entonces, Jano no quiere ir al colegio. Le gustaría quedarse en casa. Pero no le dejan.

—¡Que lo pases bien, Jano! —le dice su madre. Le acompaña hasta la puerta y le despide con un gesto.

Despacio, muy despacio, Jano se pone en camino. Cruza la calle y el parque, cruza el patio de la escuela y entra en su clase.

—¡Ha llegado el comesalchichas! —grita Ludwig.

Algunos niños se ríen, y Ludwig se acerca a Jano y le empuja contra el banco. A Jano también le gustaría empujarle. O darle una patada. Pero no se atreve. Piensa que Ludwig es



más fuerte y tiene muchos amigos que le ayudan. Jano no tiene amigos. Se sienta en su sitio y se enfada y está triste. No puede prestar atención en clase, ¡está tan triste...!

—Ahora, tú, Jano —dice la señorita Beck.

Jano no la oye.

—¡Jano! —grita la profesora—. ¡Despierta! Te toca leer.

Jano se asusta. Tartamudea y balbucea y confunde todas las letras. Los demás niños se ríen y la profesora dice:

—¡Despierta, Jano, estás dormido!

Con las cuentas no le va mejor, y en la clase de dibujo no tiene ganas ni de empezar a pintar. «No puedo», piensa. Pero lo peor es la gimnasia. Los demás niños son más ágiles que él, y no consigue coger nunca el balón.

—El comesalchichas está dema-

siado gordo. No puede ni levantar una pierna —dice Ludwig.

Realmente, Jano está harto. ¡Está tan solo! No quiere volver al colegio.

2 *Llega el pequeño dragón*

DE vuelta a casa, Jano cruza triste el parque. Debajo de un gran árbol hay un banco. Jano se sienta. Ni siquiera nota lo frío que está. Con una ramita seca pinta rayas y garabatos y un círculo en la arena.

De repente, algo sorprende a Jano. El círculo se convierte en una cabeza. ¡No es pintada! ¡Una cabeza real, viva, le mira desde el suelo! Una pequeña cabeza negra con su lengua roja y su nariz. Y de la nariz sale humo oscuro.

—Buenos días —le dice la pequeña

cabeza negra a Jano—. ¡Qué cómico eres! Nunca había visto un dragón tan cómico como tú.

—¿Un dragón? —pregunta Jano—. ¡Yo soy una persona!

La pequeña cabeza negra suelta una nubecita por la nariz.

—¿Una persona? —dice resoplando—. ¿Es cierto? Alguna vez mi abuela me contó historias de personas. Pero decía que eran sólo cuentos. ¿Y tú eres realmente una persona?

—¿Qué soy si no? —dice Jano—. ¿Y tú?

—¿Yo? —La pequeña cabeza negra se mueve de un lado para otro—. ¿No te lo imaginas?

Entonces Jano descubre algo más: una tripa, un lomo con dos alas, una cola larga y cuatro patas. Y todo ello es tan negro como el carbón y del tamaño de un hámster.

—¿Acaso eres...? —grita Jano.

—¡Claro que soy un dragón! —resopla el pequeño animal negro—. Vengo de allá abajo, del país de los dragones. Está bastante lejos.

Jano se agacha y examina de cerca al pequeño dragón: tiene escamas y unos brillantes ojos negros. Su aspecto es muy simpático.

—¿Qué buscas aquí? —le pregunta Jano.

El pequeño dragón mira con cuidado a su alrededor. Se acerca a Jano y le susurra:

—Me he escapado.

—¿Por qué? —pregunta Jano.

—Porque soy muy pequeño. Mis alas son tan pequeñas que no puedo volar. ¡Y sólo tengo una cabeza! —resopla el dragoncito.

—¿Y eso es malo? —pregunta Jano.

—Para un dragón, sí. Los demás



tienen tres cabezas. En el colegio se ríen de mí. Por eso me he escapado.

Hace una pausa.

—¿Puedo quedarme contigo? —pregunta—. Podría vivir ahí. Es suficiente para mí.

—Ésta es mi cartera —contesta Jano—. Tengo que llevarla al colegio.

—¿El colegio? ¿También las personas vais al colegio? —pregunta el pequeño dragón, asombrado.

Jano asiente con la cabeza.

—Sí, por desgracia.

—Yo pensaba que eso sólo existía en el país de los dragones —añade el dragón—. En el colegio nosotros aprendemos a echar fuego por la nariz. Con una cabeza fuego rojo, con la otra fuego amarillo y con la tercera fuego azul.

—Pero tú sólo echas humo —dice Jano.

—Porque acabo de empezar a ir al

colegio —dice el pequeño dragón—. Además, sólo tengo una cabeza. ¿Qué aprendéis en vuestro colegio?

—A leer y a escribir, a hacer cuentas, a pintar y a cantar.

Le molesta tener que hablar de ello.

—¡Qué interesante! —dice el pequeño dragón—. ¿Me llevas a tu colegio para personas?

Jano no contesta.

—Llévame contigo, por favor —le pide el pequeño dragón.

—Ahora tenemos que ir a casa —dice Jano—. Hace frío, me estoy helando.

Abre la cartera y el dragón se mete de un salto.

3 El pequeño dragón come fuego de chocolate

LA casa donde vive Jano está en un jardín. Tiene dos pisos. En el de abajo vive Jano con sus padres. En el de arriba viven su abuela y su abuelo. Cuando Jano llega a casa, su madre y su abuela están en la puerta.

—Tengo algo para ti —le dice su abuela.

Mete la mano en el bolsillo del delantal y le da una tableta de chocolate muy grande.

—¿Otra vez? —exclama la madre— ¡No debe tomar tanto dulce!

—Pero si a él le gusta... —dice la

abuela—. Come, Jano, para hacerte grande y fuerte.

—Gracias, abuela —dice Jano.

Entra en casa y se va a su habitación. Abre la cartera y el pequeño dragón sale de un salto.

—¿Vives aquí? —pregunta.

Jano asiente con la cabeza.

—¿Y qué es eso de ahí? —pregunta el pequeño dragón—. Esa cosa que está tan caliente.

—Es una estufa —contesta Jano—. Nuestra casa es antigua y la calefacción es con estufas y fuego de verdad.

—¿Fuego? —exclama el pequeño dragón—. ¿Fuego de verdad? ¡Qué bien!

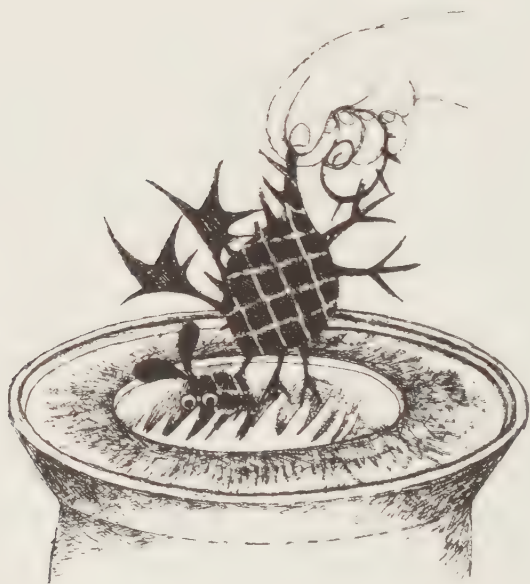
Jano abre la puertecita de la estufa.

—Pues a mi madre no le gusta nada la estufa. Dice que es muy sucia y que le da mucho trabajo.

Pero el pequeño dragón resopla de alegría.

—¡Estoy muy contento de haberte encontrado! —dice—. Anda, déjame comer un poco de fuego. Tengo un hambre espantosa...

Jano lo tiene que levantar con la mano. El pequeño dragón mete la cabeza en el fuego. Se relame, chasquea la lengua y mueve la cola porque el fuego está delicioso.



—¿No quieres comer un poco de fuego? —le pregunta a Jano.

—¿Fuego? —Jano se ríe—. ¡Las personas no comen fuego!

—¿Pues qué comes tú? —pregunta el pequeño dragón.

—Espaguetis con salsa de tomate. Y pollo. Y pastel de manzana. Y chocolate... —coge la tableta de chocolate y le quita el papel—: Mi abuela me da casi todos los días una tableta. A veces dos. Y pasteles. Y caramelos. Mira, prueba un trocito.

El pequeño dragón mueve la cabeza de un lado para otro.

—Los dragones sólo comen fuego —dice, y huele el chocolate—. Huele bien. ¿Podrías echarme un poquito en el fuego? Me gustaría probar el fuego de chocolate.

—Como quieras... —dice Jano.

Abre la estufa y echa dos trozos de chocolate en el fuego. El chocolate se

derrite. El pequeño dragón mete la cabeza en la estufa.

—Hmm... Hmm... ¡Qué rico! Hmm... ¡Nunca había probado un fuego tan rico! Hmm... ¡El fuego de chocolate es algo delicioso!

4 *El pequeño dragón aprende a cantar*

—¡AHORA me toca a mí! —dice Jano, y se mete un trozo de chocolate en la boca.

—¿Tanto? —pregunta el pequeño dragón—. ¿Todo eso?

—¡Es mi chocolate! —contesta Jano.

—Pero me podías dar un poquito más —dice el pequeño dragón.

—Está bien —dice Jano, y echa en la estufa unos trocitos de chocolate.

—¡Levántame! —le ruega el pequeño dragón—. ¡Deprisa!

Jano lo sujeta delante de la estufa, y el pequeño dragón sorbe, y chasquea la lengua y pide más:

—¡Más! ¡Por favor, por favor, más!

No para de pedir hasta que Jano echa al fuego, trocito a trocito, toda la tableta. No le ha quedado nada para él. Ni siquiera un trocito.

—¡Se acabó! —dice—. Bueno, no importa, mi abuela me dará más.

El pequeño dragón se relame.

—¡Qué bien! —exclama—. Todos los días podré comer fuego de chocolate. ¡Estoy muy contento de haberme encontrado contigo!

Se levanta sobre las patas traseras y empieza a saltar, y bailar y dar vueltas.

—¿Qué haces? —pregunta Jano.

—Estoy bailando —contesta el pequeño dragón—. Es un baile de día de fiesta de los dragones.

—¿Sin música? —pregunta Jano.

—¿Música? ¿Qué es eso? —quiere saber el pequeño dragón.

Jano piensa cómo se lo podría explicar. Entonces se le ocurre una canción y se la canta al pequeño dragón:

*El dragón se relame
porque el fuego bien le sabe.
Échale chocolate al fuego,
¡verás cómo está de bueno!*

El pequeño dragón inclina la cabeza y escucha atentamente.

—Suenan muy bien —dice—. ¿Eso es música?

—Eso se llama cantar —explica Jano.

—Cantas muy bien.

—¡Qué va! —exclama Jano—. En la escuela nunca me dejan cantar con los demás. Ludwig dice que gruño.

El pequeño dragón arroja dos pequeñas nubecitas oscuras de humo.

—Ese Ludwig es tonto —dice muy enfadado—. ¡O no tiene oídos! Por favor, cántame otra vez lo mismo.

Jano repite la canción, y a la tercera vez canta también el pequeño dragón:

*El dragón se relame
porque el fuego bien le sabe.
Échale chocolate al fuego,
¡verás cómo está de bueno!*

Suena un poco raro y estridente. Pero el pequeño dragón está muy orgulloso de su forma de cantar.

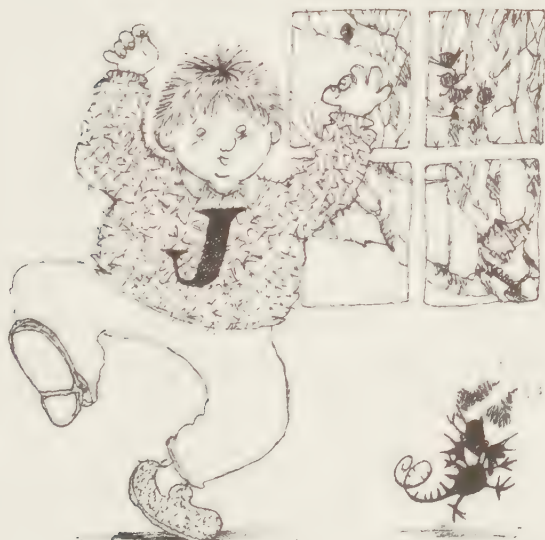
—¡Nunca había cantado un dragón! —exclama—. ¡Soy el primero! Precisamente yo, que tengo una sola cabeza. Ven, Jano, vamos a cantar y bailar.

—Yo no puedo bailar —dice Jano—. Estoy demasiado gordo.

—No me lo creo —dice el pequeño dragón—. ¡Con lo bien que cantas!

Entonces Jano se olvida de que está gordo. Salta detrás del dragón y canta con él la canción de los dragones.

De pronto se abre la puerta. La madre de Jano entra en la habitación.



—¿Qué pasa aquí? —pregunta asombrada.

—Estoy cantando —contesta Jano—. Y bailando.

Su madre se alegra mucho de que esté tan contento. No ve al pequeño dragón. El pequeño dragón pertenece a Jano. Sólo él puede verlo.

5 *El pequeño dragón va a la escuela*

A la mañana siguiente, el pequeño dragón se mete en la cartera. Jano se lo lleva al colegio.

—¡Déjame pasar, comesalchichas!
—dice Ludwig. Y le da un empujón.
Jano cae sobre la mesa.

—¡Ay! —grita, y Ludwig se ríe.

—¡Empújale tú también! —susurra el pequeño dragón por una rendija de la cartera. Pero Jano no se atreve.

—Sacad los cuadernos —dice la señorita Beck—. Vamos a escribir.

El conejo tiene las orejas largas, escribe

la profesora en la pizarra. Jano se inclina sobre su cuaderno y copia la frase. Pero no piensa en los conejos con orejas largas. Sólo piensa en Ludwig y en que le ha llamado comesalchichas. Por eso le salen las letras torcidas y escribe mal las palabras.

En el recreo, Jano se va a un rincón del patio del colegio, lejos de los demás niños. Se lleva la cartera.

El pequeño dragón asoma la cabeza y dice:

—Ese Ludwig es un asqueroso. Tan asqueroso como unos dragones que hay en mi clase. Siempre me están fastidiando.

—¿Y tú te defiendes? —pregunta Jano.

—No —responde el pequeño dragón—. Yo tampoco me he atrevido nunca.

Los dos se quedan callados. Luego el pequeño dragón dice:

—Pero no es muy listo ese Ludwig. Ha dicho que tú gruñes, cuando, en realidad, cantas muy bien. ¡Es tonto!

Echa una nubecita y sigue pensando.

—A lo mejor, ni siquiera es fuerte —añade—. A lo mejor, aparenta que lo es. A lo mejor sale corriendo si tú te defiendes.

—No creo —contesta Jano.

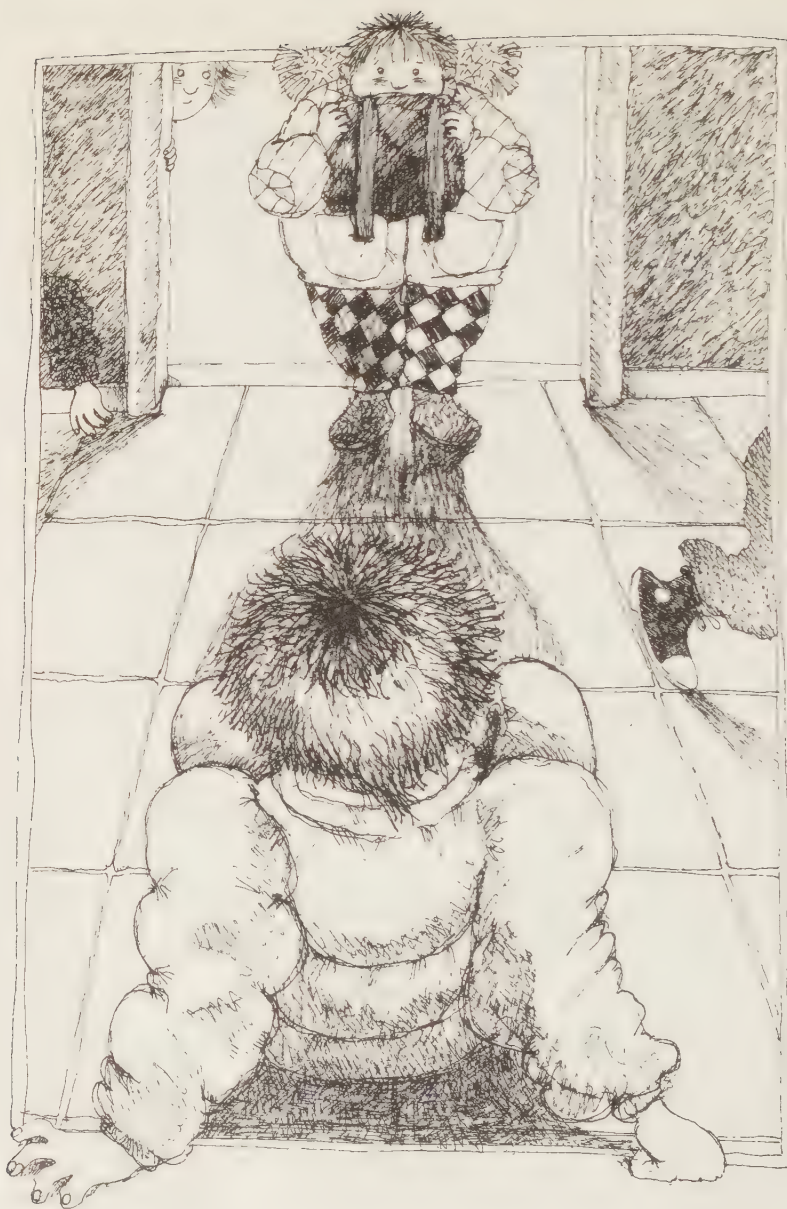
—Atrévete alguna vez —dice el pequeño dragón—. Entonces me atreveré yo también. Después, cuando esté de nuevo en clase.

Suena el timbre. El recreo ha terminado. Jano vuelve a clase.

—¡Ahí viene el comesalchichas! —dice Ludwig.

Jano intenta pasar inadvertido a su lado. Pero Ludwig le empuja de nuevo.

—¡Ahora! ¡Que aprenda! —susurra el dragón.



Jano se pone la cartera delante del cuerpo y se tira contra Ludwig. Este tropieza, cae hacia atrás y se queda sentado en el suelo.

—¡Ay! —grita—. ¡El tripagorda me ha empujado! ¡Ay! ¡Mi mano!

Jano tiene miedo de los amigos de Ludwig. Pero ninguno se mueve. Algunos, hasta se ríen. Susi dice:

—Has empezado tú. Todos los días le empujas. Él hace muy bien en defenderse.

Ludwig se marcha muy despacio hasta su pupitre, sin decir ni una sola palabra.

6 *El pequeño dragón aprende a escribir*

EL pequeño dragón se encuentra al lado de la estufa. Ha derretido un trozo grande de chocolate en el fuego y está descansando.

Jano no puede jugar con él. Tiene que hacer los deberes. Debe escribir cinco veces la frase que han copiado en el colegio: *El conejo tiene las orejas largas.*

La primera vez la escribe así:

El conej tiene las orejas lagas.

La segunda vez así:

El cnejo tiene las orejas laras.

La tercera vez así:

El conejo tiene las orejas largas.

Su madre mira el cuaderno y sacude la cabeza.

—Jano, esto está mal —dice—. Será mejor que lo repitas.

Su madre se marcha y él se queda allí, sentado, chupando el lápiz.

—¡No puedo! —dice en voz alta.

El pequeño dragón abre los ojos.

—¿Qué no puedes? —pregunta.

—Escribir bien —contesta Jano.

El pequeño dragón se sube a la mesa de un salto.

—¿Cómo se hace eso, escribir? —pregunta—. ¡Enséñame!

Jano escribe en su cuaderno: *El conejo*.

—Se hace así —dice—. Da gracias de no tener que aprender.

—Pues no parece difícil —comenta el pequeño dragón—. ¿Tienes otra de esas cosas que escriben?

Jano le da un lápiz y una hoja de papel.

—Ahora hazlo otra vez para que yo lo vea —le ruega el pequeño dragón.

Jano escribe lentamente una letra tras otra.

—Esto significa «El conejo» —dice.

—El conejo —repite el pequeño dragón. Y escribe después una letra tras otra en su papel—. ¿Qué tal?

—Bastante mal —dice Jano—. Tienes que hacerlo así.

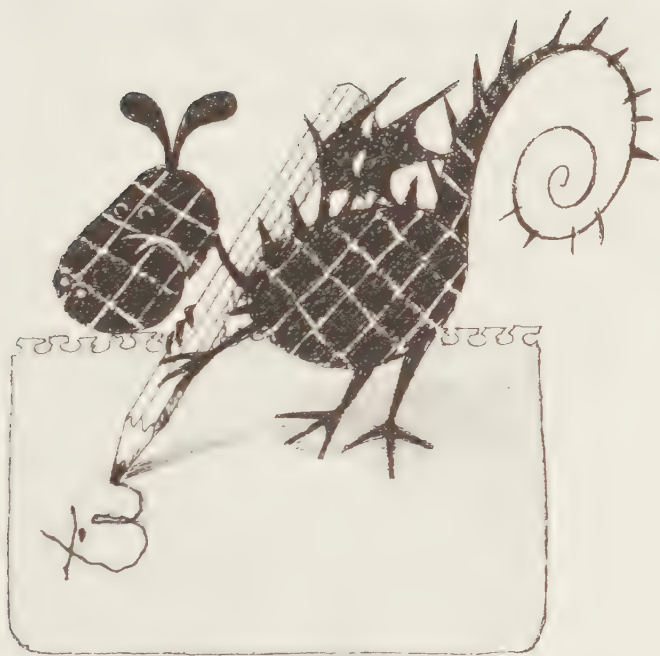
Jano escribe otra vez *El conejo*.

El pequeño dragón lo copia. La tercera vez ya lo escribe un poco mejor.

—Más —dice—. La siguiente palabra.

Jano escribe *tiene*.

El pequeño dragón escribe *tiene*, hasta que le sale bien. Y también aprende a escribir *orejas* y *largas*.



—Ahora escribiremos todo eso cinco veces —dice el pequeño dragón—. Y luego, ya sabremos hacerlo bien.

El conejo tiene las orejas largas, escribe Jano una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Justo cuando acaba, entra su madre en la habitación.

—Está muy bien —dice—. ¡Muy bien, Jano!

—¿Y yo? —pregunta el pequeño dragón cuando la madre se va.

—Tú también —contesta Jano.

El pequeño dragón resopla de alegría. Se sienta sobre el cuaderno de Jano y se inventa una canción:

*Yo, el dragón, ya sé escribir,
y así voy a seguir.
Aunque soy muy pequeñito,
sé escribir, y eso es muy bonito.*

—¿Te gusta mi canción? —pregunta.

—¡Vaya, no está mal! —contesta Jano.

El pequeño dragón le sopla una nubecita de humo en la cara.

—Para un dragón es muy bonita —dice.

7 *El pequeño dragón da una voltereta*

JANO y el pequeño dragón están sentados sobre la mesa.

Jano le acaricia la cabeza, y el dragón le cuenta cosas del país de los dragones.

—Tengo una mamá dragona y un papá dragón, y un abuelo dragón y una abuela dragona —dice—. Mi abuela...

No puede seguir hablando porque la abuela de Jano entra entonces en la habitación. Deja un gran trozo de

pastel sobre la mesa. Pastel de manzana. A Jano le gusta mucho.

—¡Que aproveche! —dice.

El pequeño dragón levanta la cabeza y olisquea.

—Huele bien —dice—. ¿Qué es?

—Pastel.

—¿Pastel? ¿Crees que estará bueno el fuego de pastel?

—El pastel es para mí —dice Jano—. Me lo voy a comer yo solo.

El pequeño dragón resopla con tristeza. Mueve la cabeza y la cola y le pide un trozo. Jano se come sólo la mitad. El resto lo echa a la estufa.

El pequeño dragón sorbe y se relame.

—¡Hmm! —exclama—. ¡El fuego de pastel está muy rico! Tengo que cantar una canción sobre el fuego de pastel.

Empieza a cantar y Jano lo acompaña:

*El dragón se relame
porque el fuego bien le sabe.
Échale pastel al fuego,
¡verás cómo está de bueno!*

—Y ahora, sigue contándome cosas del país de los dragones —le pide Jano.

El pequeño dragón piensa un poco.

—Una vez al año celebramos la Fiesta del Fuego —cuenta—. Los dragones más pequeños hacen entonces un concurso de echar fuego por la nariz. Yo pierdo siempre. Porque sólo tengo una cabeza.

—Yo también pierdo siempre —dice Jano—. En las carreras. Y con la pelota. Y al dar volteretas. Ludwig da diez volteretas seguidas. Yo sólo doy una porque como mucho.

—¿Volteretas? ¿Qué es eso? —pregunta el pequeño dragón.

Jano da una voltereta para que el

dragón lo vea. No le sale bien. Pero al pequeño dragón le gusta.

—Yo también quiero aprender —dice. Y encoge la cabeza, pone la cola en alto y rueda hacia un lado.

—No es así —le dice el niño.

Jano tiene que dar otra, y otra, y otra. Al final el dragón aprende cómo se da una voltereta.

—Ahora voy a dar tres seguidas. Igual que tú, Jano.

—¿Igual que yo? —pregunta Jano asombrado—. ¡Pero si yo no sé!

—¡Si lo acabas de hacer! —dice el pequeño dragón—. ¡Yo lo he visto! Ven, vamos a probar otra vez.

Jano obedece. ¡Sí que lo hace! ¡Tres volteretas!

—¡Ahora, yo! —grita el pequeño dragón.

Jano lo intenta. Y el pequeño dragón lo intenta. Hasta que consiguen dar cuatro volteretas seguidas.



—¡Cuatro volteretas! —exclama el pequeño dragón—. ¡Cuatro! ¡Soy el único dragón del mundo que sabe hacer eso!

Inclina la cabeza, echa una nubesita de humo al aire y mira a Jano.

—Ha sido un día maravilloso —dice—. ¡Fuego de pastel! ¡Volteretas! Estoy muy contento de estar contigo.

8 *El pequeño dragón pinta un cuadro*

A Jano le han regalado una caja de lápices de colores. Son unos lápices de colores muy bonitos. Pero no está contento.

—¿Qué es eso? —pregunta el pequeño dragón. Y olisquea la caja—. ¿Se puede comer?

—No —contesta Jano—. Con los lápices se puede pintar. Cuadros de colores.

Le enseña un cuadro que está col-

gado sobre su cama. Dos peces, uno rojo y otro azul.

—Eso lo he pintado yo —dice—. Hace tiempo. En el colegio, cuando era pequeño.

—Pintas muy bien —exclama el pequeño dragón.

—Ya no —dice Jano—. Ludwig dice que mis cuadros son muy tontos. Unos simples borrones.

El pequeño dragón mira los peces. Mira los lápices de colores. Luego, dice:

—Me gustaría aprender a pintar. Anda, enséñame.

—¡No! —niega Jano—. Ya no me gusta pintar. Vamos a jugar.

El pequeño dragón se acerca a Jano y se frota la cabeza contra la pierna del niño.

—¡Me gustaría tanto pintar! —insiste—. No seas así.

—¿No me puedes dejar en paz?

—le regaña Jano. Pero luego coge su cuaderno de dibujo y pinta rayas, círculos y cuadrados.

—Se hace así —dice.

El pequeño dragón coge un lápiz y hace lo mismo que Jano.

—Esto no es un cuadro bonito —dice—. Enséñame a pintar cuadros bonitos.

—No sé —dice Jano enfadado. Luego, pregunta—: ¿Qué pinto?

—¡A mí! —grita el pequeño dragón.

Jano mira al dragón desde todos los lados.

—Te voy a pintar rojo —dice—. Porque eres muy alegre.

Coge un lápiz rojo y pinta la cabeza, la tripa, el lomo y la lengua.

—¿Ése soy yo? —pregunta el pequeño dragón—. ¿De verdad soy yo?

—Casi —dice Jano—. No ha quedado muy bien.

El pequeño dragón se sienta sobre sus patas traseras y empieza también a pintar: primero un pequeño círculo. Luego, un círculo muy grande con dos rayas a los lados.

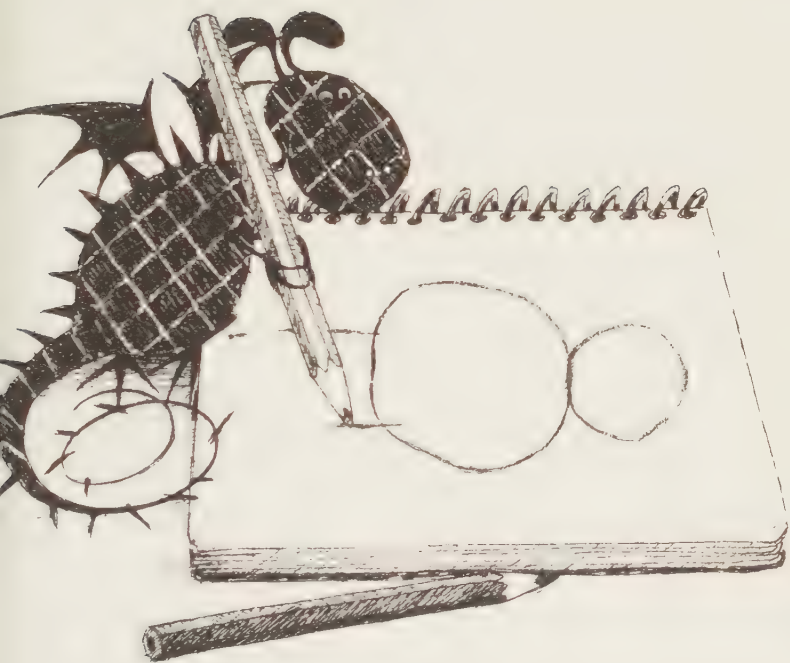
—Éste eres tú —dice—. ¿Qué te parece mi cuadro?

—Muy bonito para ser el primero —dice Jano—. Sólo te has olvidado de las piernas.

—Tú también —dice el pequeño dragón—. ¿Sabes? Ahora vamos a pintar hasta hacer cada uno un cuadro muy bonito. ¿Tienes ganas?

—No muchas —dice Jano.

Pero como al pequeño dragón le gusta tanto, él también pinta. Se pasan toda la tarde pintando. Jano se olvida de que antes no tenía ganas. Él y el pequeño dragón pintan muchos cuadros de colores, unos más bonitos que otros. Los dos más bonitos los cuelgan sobre la cama. En



el cuadro que ha pintado Jano está el pequeño dragón sentado delante de la estufa comiendo chocolate. Y en el cuadro que ha pintado el pequeño dragón está Jano echando pastel en la estufa.

—¡Los dos pintamos muy bien!
—exclama el pequeño dragón.

Jano asiente.

—Ludwig se va a quedar asombrado —dice.

—Los dragones de mi país también —exclama el pequeño dragón—. Pero ¿qué haces? ¿Vas a comer chocolate? ¡Es mío!

9 *El pequeño dragón trepa a un árbol*

JANO y el pequeño dragón juegan a tula en el jardín. El pequeño dragón tiene las patas muy cortas. Pero puede correr muy deprisa. Jano tiene que hacer un gran esfuerzo para alcanzarlo. Al principio perdía casi siempre. Pero ahora ya gana más a menudo. El pequeño dragón tiene que hacer un gran esfuerzo para que Jano no lo alcance.

—¡No puedo más! —exclama, y se sienta bajo el manzano.

Jano se sienta a su lado. Luce el sol. El invierno ya casi ha terminado.

—¡Qué árbol tan alto! —dice el pequeño dragón—. ¿Se puede ver hasta muy lejos desde ahí arriba?

—No sé —dice Jano—. No me he subido nunca.

—¿Por qué no? —pregunta el pequeño dragón.

Jano no contesta. Tiene miedo de que el pequeño dragón quiera aprender a trepar.

—Me voy a casa —dice rápidamente.

El pequeño dragón lo sujeta por el pantalón.

—¡Quédate! —le ruega—. Enséñame a trepar. Quiero sentarme en lo alto de un árbol. Así podré contárselo a los demás dragones.

—¡Qué tontería! —exclama Jano—. Además, yo no sé trepar.

—No te creo —dice el pequeño dragón—. Seguro que eso es lo que ha dicho de ti Ludwig. Ese chico sólo

dice tonterías. ¡Venga, vamos a trepar!

Jano se levanta muy despacio. Se cuelga de una rama, apoya los pies contra el tronco y sube. El pequeño dragón le mira atentamente. Luego trepa detrás de él.

—¡Esto va muy bien! —exclama—. ¡Lo vamos a conseguir!

Trepan de una rama a otra. Jano jadea y protesta. El pequeño dragón también jadea. Por fin se sientan arriba, en lo más alto del árbol. Pueden ver todo el jardín, y la calle, y el balcón de la casa vecina. Allí está la señora Bergmann con el dedo en la nariz.

El pequeño dragón echa grandes nubes de humo por la nariz.

—¡Soy el dragón más alto! —grita contento—. ¡Yo, el más pequeño, el que tiene una sola cabeza! Cuando vuelva a mi casa, en el país de los

dragones, no habrá nada que me guste más que subirme a los árboles.

Mira hacia abajo y exclama:

—¡Realmente está muy alto!

—Mucho —dice Jano.

—¿Cómo vamos a bajar? —pregunta el pequeño dragón.

—No sé —contesta Jano.

—Tengo miedo —dice el pequeño dragón.

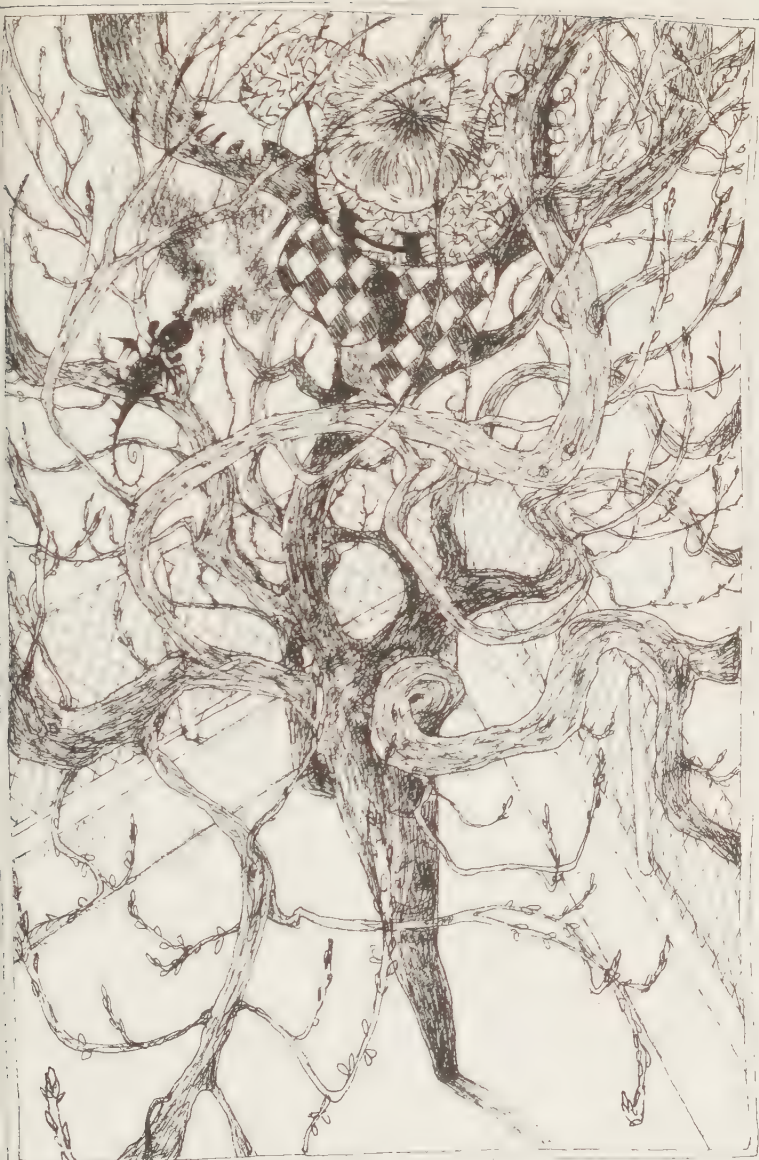
—Yo también —añade Jano.

Entonces el pequeño dragón empieza a llorar. Lágrimas muy grandes.

—Ahora ten... tendré que quedarme siempre aquí arriba —dice sollozando—. Y ya no tendré nunca fuego de chocolate... late.

Jano no puede oír cómo llora el pequeño dragón. Se lo mete en el bolsillo.

—Tranquilízate —le dice—. Lo voy a intentar.



Pero es imposible.

El árbol es muy alto y Jano tiene mucho miedo.

Pero entonces, por suerte, llega su padre a casa. Le ayuda. Se coloca bajo el árbol y le dice lo que tiene que hacer.

—Tienes que ponerte en aquella rama —le dice—. Agárrate fuerte. Ahora, en esa otra. Sin miedo... que ya llegas. ¡Muy bien! La próxima vez, antes de subir, piensa que luego tienes que bajar.

Jano asiente. Lo tendrá en cuenta. Pero el pequeño dragón olvida enseguida que ha llorado de miedo.

—¡Tregar es muy divertido! —exclama—. Mañana tregaremos otra vez.

10 *El pequeño dragón* *lee un cuento*

EL pequeño dragón lleva ya bastante tiempo con Jano. Juega con él, duerme a los pies de su cama y todos los días come fuego de dulce. Además, ha aprendido un montón de cosas: a cantar, a pintar, a dar volteretas y a trepar a los árboles. Ahora le gustaría aprender también a leer.

—Déjalo —dice Jano—. Leer es muy aburrido. Para leer una sola página necesitas como mínimo una hora.

—Tu abuela, no, —añade el pequeño dragón.

—Porque ella ya sabe.

—En la estantería tienes un libro gordo de colores —dice el pequeño dragón—. ¿Qué pone?

—Es un libro de cuentos —contesta Jano.

—¿Cuentos tan bonitos como los que te lee tu abuela? —pregunta el pequeño dragón.

Jano asiente.

El pequeño dragón echa una pequeña nubecita de humo al aire.

—Me gustaría ser un dragón que supiera leer cuentos —dice.

Todo lo que el dragón se propone, lo hace. No deja tranquilo a Jano. En la calle se para delante de todos los anuncios y de todas las tiendas y pregunta:

—¿Qué letra es ésa? ¿Cómo se lee esa palabra? Venga, léemela.

El pequeño dragón aprende enseguida a leer palabras muy difíciles.

FARMACIA, por ejemplo. LAVANDERÍA. SUPERMERCADO. DENTÍFRICO. TINTORERÍA. Y un día coge el libro de cuentos de la estantería.

—¿Cómo se lee esto? —pregunta, y señala con la pata delantera la primera página del libro.

—Léelo tú mismo —dice Jano.

El pequeño dragón se sienta en las rodillas de Jano.

—Los mú... mú... músicos...

—Pone los músicos... —dice Jano—. Los músicos de Bremen.

—¡Bien! —grita el pequeño dragón—. ¡Los músicos de Bremen! ¡Sigamos!

Empiezan a leer el cuento juntos. Es un cuento muy bonito. Les gusta tanto que no paran hasta haber leído dos páginas.

—Leer cansa mucho —se queja el pequeño dragón—. Creo que me zumba la cabeza. ¿A ti también?



—Un poco —contesta Jano.

—¿Cuánto hemos tardado en leer las dos páginas? —pregunta el pequeño dragón.

—Media hora —contesta Jano.

—¡Qué deprisa leemos! —exclama el pequeño dragón—. Tengo que inventar una canción ahora mismo.

Piensa un poco y empieza a cantar:

*Ningún dragón sabía leer,
y siempre había ocurrido así.
El pequeño dragón sabe leer...*

—¡No sé seguir! —exclama.

—*Y también su amigo Janí* —concluye Jano.

—¿Janí? —el pequeño dragón sacude la cabeza—. Pero tú no te llamas así.

—No, pero... casi —dice Jano.

11 *Llega el verano*

—¡ARRIBA, Jano! —le dice su madre—. Tienes que ir al colegio.

Jano bosteza. El pequeño dragón bosteza también. Jano lo acaricia, luego se va al cuarto de baño. Se lava los dientes y la cara y juega un poco con la jabonera como si fuera un barco. En la calle luce el sol. Jano se pone sus pantalones cortos, y durante el desayuno le dice su madre:

—Ha llegado el verano. Por fin no tendremos que encender más la estufa.

El pequeño dragón espera ya en la

cartera de Jano. Juntos se ponen en camino. Cruzan la calle y el parque, cruzan el patio de la escuela y llegan a la clase de Jano.

—¡Tripagorda! —le grita Ludwig Hall.

Jano no le hace caso. Eso le molesta a Ludwig.



—¡Comesalchichas! —grita.

—¡Ludwig Hall es un animal! —le responde Jano.

—¡Una rima muy bonita! —exclama el pequeño dragón riéndose. Los demás niños se ríen también.

—¡Ludwig Hall es un animal! —repite Susi—. Además, Ludwig está tonto: no se da cuenta de que Jano ya no está gordo.

—Ni de que corre mucho más que antes —añade Stefan.

Entonces llega la señorita Beck y dice:

—Sacad los libros. Vamos a leer.

Susi es la primera. Luego le toca a Jano. Lee cinco frases y sólo comete dos faltas.

—Muy bien, Jano —dice la señorita, y Jano se pone muy contento. ¡Porque sabe leer! ¡Y porque ya no está gordo! ¡Y porque ahora le gusta mucho más el colegio!

En el recreo se le acerca Susi.

—Jano, el viernes es mi cumpleaños. Te invito a mi fiesta. Andreas, y Stefan, y Annette, y Jörg, y Sabine también vienen.

Entonces, Jano se pone más contento todavía. Piensa en un regalo para Susi. Tiene que ser algo muy especial.

—¡Jano, que estoy aquí! —exclama el pequeño dragón.

Se asoma por el bolsillo de la chaqueta de Jano y echa una nubecita de humo al aire. Jano lo acaricia.

—Ya lo sé —dice. Pero piensa en la fiesta de cumpleaños.

12 *Jano ya no está solo*

HAN terminado las clases. Jano y el pequeño dragón vuelven a casa por el parque. Cuando pasan por el banco del árbol, Jano se sienta. El pequeño dragón sale de la cartera de un salto y se sienta a sus pies.

—Esta noche he soñado otra vez con el país de los dragones —dice.

—¿Qué has soñado? —pregunta Jano.

—Con mi madre y con mi padre. Y con el colegio para pequeños dragones. Y daba volteretas, y cantaba,

y todos los niños dragones me miraban con asombro.

—¿Sí?

El pequeño dragón asiente.

—Un sueño muy bonito —dice, y luego se queda callado. Jano también se calla.

—¿Nos vamos a ir pronto a casa? —pregunta el pequeño dragón—. Tengo hambre. ¿Qué hay hoy? ¿Fuego de chocolate o fuego de pastel?

—Nada —contesta Jano—. Ya ha pasado el invierno. Mi madre ya no enciende el fuego de la estufa.

—¿Queeeeé? —se asombra el pequeño dragón—. ¿Es verdad?

—Además, mi abuela se ha dado cuenta de que echo el pastel y el chocolate al fuego, y ya no me da más.

El pequeño dragón echa un par de nubes grandes de humo al aire. Luego, deja caer su cabeza sobre las

patas delanteras y suspira con fuerza.

—Vamos —dice Jano al cabo de un rato.

El pequeño dragón no se mueve.

—¡Vamos! —repite Jano.

El pequeño dragón levanta la cabeza.

—No —dice en voz baja.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jano asustado.



—No voy contigo —dice el pequeño dragón—. Me vuelvo al país de los dragones. Creo que ya nadie se reirá allí de mí. Soy el único dragón que sabe leer. Y también sé cantar, y escribir, y pintar, y trepar a los árboles y dar volteretas. No importa que sólo tenga una cabeza.

—¡No, no te vayas! —grita Jano.

El pequeño dragón le mira. Mueve la cola y parpadea.

—Lo he pasado muy bien contigo —dice—. Pero soy un dragón y tengo que estar en el país de los dragones. Acaríciame otra vez.

Jano se agacha y le acaricia la cabeza. De pronto nota que sus dedos acarician la arena. El pequeño dragón ha desaparecido. Sólo se ven círculos y rayas en la arena. Nada más.

—¡Pequeño dragón! —grita Jano. No recibe ninguna respuesta.

Entonces se va a casa, cruza el parque y la calle. El pequeño dragón ya no está en la cartera. Jano está triste.

En la esquina han abierto una tienda nueva. En el escaparate hay una caracola de colores.

Jano se para y mira la caracola.

«Es muy bonita», piensa. «Se la regalaré a Susi por su cumpleaños».

Índice

1	<i>Jano está solo</i>	5
2	<i>Llega el pequeño dragón</i>	10
3	<i>El pequeño dragón come fuego de chocolate</i>	16
4	<i>El pequeño dragón aprende a cantar.</i>	21
5	<i>El pequeño dragón va a la escuela.</i>	27
6	<i>El pequeño dragón aprende a escri- bir</i>	32
7	<i>El pequeño dragón da una voltereta.</i>	37
8	<i>El pequeño dragón pinta un cuadro.</i>	43
9	<i>El pequeño dragón trepa a un árbol.</i>	49
10	<i>El pequeño dragón lee un cuento....</i>	55
11	<i>Llega el verano</i>	60
12	<i>Jano ya no está solo</i>	64



24



Irina Korschunow
**EL DRAGÓN
DE JANO**

EN EL COLEGIO, LOS COMPAÑEROS DE JANO SE BURLAN DE ÉL PORQUE ES GORDO. ESO LE ATORMENTA TANTO QUE YA NADA LE SALE BIEN, NI EN LOS ESTUDIOS NI EN LOS JUEGOS. AL VOLVER DEL COLEGIO, SE SIENTA EN UN BANCO Y EMPIEZA A PINTAR EN LA ARENA. DE PRONTO, EL DIBUJO SE CONVIERTE EN UN PEQUEÑO DRAGÓN. EL DRAGÓN Y JANO SE HACEN AMIGOS Y APRENDERÁN A VENCER SUS COMPLEJOS.

IRINA KORSCHUNOW PROCEDE DE UNA FAMILIA RUSO-GERMANA Y VIVE EN ALEMANIA. ADEMÁS DE LIBROS PARA NIÑOS, TAMBIÉN ESCRIBE GUIONES DE PELÍCULAS Y LIBROS PARA ADULTOS.

A PARTIR DE 7 AÑOS

8 4 1 9 2

ISBN 978-84-348-2205-4



9 788434 822054